



La casa de los perfumes

Andrés Arias

Escritor y periodista, equisbarra@hotmail.com

Me pareció feo. Bien logrado pero feo. Colgaba de una de las paredes que llevan al segundo piso de la casa, que debe ser de mediados de los años treinta. Según entiendo, por los tiempos de la primera alcaldía de Mockus (1995-1997), se la adjudicaron a un grupo de vendedores que ocupaban los andenes de San Victorino. ¿A quién habrá pertenecido antes la casa? ¿Por qué acabó en manos de la alcaldía? ¿Habrá sido una olla que terminó expropiada? Lo cierto es que los pequeñísimos locales, que ocupan lo que antes eran los salones, habitaciones y patios, se fueron especializando hasta convertir el lugar en un mini centro comercial de casi un único tema. Quienes falsifican perfumes, compran allí frascos usados y viejos empaques de, yo qué sé, lociones y colonias producidas por Calvin Klein, Christian Dior, o Yves Saint Laurent. Después los llenan con algún pachulí y los hacen pasar por caras fragancias originales. Siempre están ahí, pequeños y apresurados, negociando frascos casi en silencio. El lugar huele a un almizcle mareador.

En el primer piso habrá unos quince locales, una tiendita (que casi tapa la entrada al lugar) y poco más. La madera de la escalera que lleva al segundo piso es oscura; los remates del pasamanos son circunferencias gordas, uno de los pocos indicios de lo que parece ser el estilo neocolonial de la casa, tan en boga en los años treinta y cuarenta. Las paredes que enmarcan la escalera están sucias: tienen rayones y moho; hay una ventana en lo alto y dos o tres trozos de una lámpara de bronce en el techo.

El segundo piso está ocupado por don Walter, un anciano flaco y largo, de orejas peludas y cara de ratón. Él no vende frascos. Ocupa tres habitaciones (las demás funcionan como bodegas de un circo) con motores, repuestos, radios, cables,

lámparas, muebles, libros, porcelanas, discos, cuadros y montañas de basura. Y como el espacio del segundo piso ya no le es suficiente, se ha ido tomando el descanso de la escalera. Allí cuelga paisajes y bodegones mal pintados, desnudos sin proporción, imágenes lacadas de bailarinas orientales y reproducciones de papiros egipcios. Y el cuadro.

Descubrí el lugar hace unos diez años, cuando investigaba para una novela que escribí sobre la artista Carolina Cárdenas, y que titulé *Tú, que deliras*. En la calle 15 con la carrera 18, en el barrio conocido como El Listón, en la localidad de Los Mártires, vivía una prima de Carolina. Me la nombró vagamente durante alguna conversación el coleccionista art decó Carlos Alberto González (según parece, el baile de presentación en sociedad de ella en sus días de muchacha había sido todo un *hit* en la Bogotá de los treinta) y pasaron meses para que yo pudiera encontrarla. La mujer, de casi cien años, resultó ser dueña de un inquilinato que, según pude notar en las tres o cuatro veces que la visité, manejaba como una cárcel con la ayuda de una hija casi muda. Gracias a esta anciana, mi proyecto se convirtió en novela: recordaba todo con la mayor exactitud y lo contaba como quien narra un cuento en la noche. Solo me puso una condición: yo no podía revelar su nombre, jamás debía citarla en el libro; no me aclaró por qué, pero creo saberlo: no quería que sus familiares supieran que sus últimos años los pasaba regentando un inquilinato. Mejor dicho, no quería que supieran que ella, toda una *socialité* de otros días, aún estaba viva, y era pobre. Murió en 2016. Poco tiempo después, la hija vendió el lugar y se desapareció.

Después de la primera de mis visitas a la anciana, cuando salí a la calle me encandelilló la luz del

sol. Necesitaba calmarme, aceptar que tal vez sí tenía una novela por escribir, y, sobre todo, quería quitarme de encima el olor a manteca y cocinol. Pasé la calle, caminé una cuadra hacia el sur (iba en busca de la calle trece, dónde tomar un taxi) y vi la tiendita. Pedí una Coca Cola.

Entonces tomé aire y miré hacia el fondo de la casa. El aroma a pachulí arrasó con el olor a frito que yo traía encima, y los frascos de perfumes apilados en las vitrinas de los pequeños locales brillaron por un instante. Así conocí el lugar.

Cada vez que iba a entrevistar a la anciana, pasaba por la casa convertida en centro comercial. Me tomaba una gaseosa en la tienda y entraba a visitar los locales. Alguna vez, por comprar algo, negocié un envase largo y negro de Paloma Picasso y otro de forma alienígena de Halston, creo. Por ahí deben estar. Y no me atrevía a subir. En ninguna parte decía que el acceso al segundo piso estaba prohibido, pero lo que yo suponía cuando miraba hacia arriba, y veía los horribles cuadros que colgaban de las paredes, y escuchaba los lejanos tangos de radiola, era que allí vivía alguien: que no era un local, sino una vivienda.

Hasta que un día vi cómo un indigente subía las escaleras con las manos llenas de provocativos libros viejos. Esperé a que bajara y me animé. Recuerdo que lo primero que me dijo don Walter cuando me vio fue:

—Al fin dejó de mirar para arriba y subió.

Quería saber por qué un tipo como yo andaba por ahí:

—¿Echando vicio? —me dijo—. No parece.

Le inventé una historia: me habían contratado para organizar los archivos de la aldea Estación de trenes de la Sabana y, para relajarme, en mis tiempos de descanso me gustaba visitar el lugar y comprar frasquitos. Los coleccionaba, le dije.

—¿Qué va a llevar? —fue su respuesta. Y me hizo un recorrido por el lugar.

Salí cargado de libros y con un misterioso sombrero rojo de niña, que debe tener cien años. Lo estoy viendo, aquí, en mi estudio, sobre la biblioteca, mientras garabateo estas palabras. Ahora que lo pienso, creo que me ha traído mala suerte.

Escribí *Tú, que deliras*, me despidieron del trabajo, y Emma, mi novia, con la excusa de que iba a cuidar a su mamá en Valencia y aprovecharía para estudiar una especialización, se fue. Aún me escribe cada tanto. Apenas si le respondo.

Me vi solo. Entonces comencé a frecuentar mucho más las calles de San Victorino, La Pepita, Santa Fe, Los Mártires, El Listón y los barrios aledaños. Supongo que quien me haya visto caminando por la zona habrá pensado que yo estaba en las drogas o algo así. Lejos: mi gusto por la arquitectura de la primera mitad del siglo veinte se disparó, y entonces no hubo mejor plan que andar por esas calles en busca de un edificio obra de Zutano o una casa diseñada por Mengano.

Y siempre que caminaba por ahí, terminaba tomando alguna bebida en la tienda de la casa de los perfumes. Después recorría los locales y subía a ver qué le había llegado de nuevo a don Walter.

Esta vez, después de la gaseosa y el recorrido por el primer piso, cuando iba a tomar las escaleras, miré para arriba y vi el cuadro. En la pared del descanso, donde antes colgaba un bodegón verdoso, ahora pendía un óleo sobre lienzo, de dos metros por un metro con cincuenta, con bastidor pero sin marco. Era la cara de un hombre, una cara deforme que parecía en carne viva. No tenía pelo, ni cejas, ni pestañas. Tampoco tenía cuello, solo unos hombros estrechos. Lucía tranquilo, extrañamente tranquilo, como si la piel no le ardiera; el fondo era gris, casi azul; y arriba, a la izquierda, había una firma ilegible y una fecha: 1974. Feo. Me pareció bien logrado pero feo. Un monstruo.

—Quinientos mil. Me llegó ayer —fue el saludo de don Walter.

—¿Quién lo pintó? —le pregunté.

—Ni idea. Un pintor de esos duros y locos, que ahora valen plata, me imagino.

Fotografé el cuadro detalladamente (es más, lo bajamos y lo pusimos en un lugar donde le diera mejor luz) y corrí a buscar algo parecido en internet: nada. Una firma semejante: tampoco. Les envié las imágenes a algunos de los críticos e historiadores de arte que me habían ayudado en la investigación para escribir *Tú, que deliras*. Ninguno dio con el autor. Todos me dijeron más

o menos lo mismo: que debía ser obra de algún expresionista que gozó de cierto talento y habría caído en el olvido.

Lo asumí como cierto y me olvidé del cuadro. Desde que me había quedado sin trabajo, había hecho algunos negocios con arte: compraba en las pulgas, en ventas de garaje, en las casas de amigas de mi mamá, y les vendía a coleccionistas y conocedores, y ponía piezas en subastas y demás. ¿Pero para qué comprar este cuadro si no encontraría a quién venderse?

A ver, estoy mintiendo. La verdad es que, no sé por qué, pero pensaba mucho en el cuadro, en su historia, en su monstruosidad. Cada vez que iba a la casa de los perfumes esperaba ya no encontrarlo, pero me asomaba al descanso de la escalera y seguía ahí. Era como si nadie más lo notara.

Ya no sé cuánto tiempo pasó exactamente, pero puedo decir tranquilamente que fueron seis o siete meses, o más. Me había hecho amigo en Facebook de Ana de Fedonkin, una poderosa *dealer* de arte argentina, que vive entre Bogotá y Nueva York, pensando en que quizás algún día podría ofrecerle alguna obra. Lo cual no habría estado nada mal: llegar a fin de mes se me había comenzado a hacer muy difícil. Correcciones de textos, uno que otro artículo, dos horas de clase a alumnos de primer semestre, unos pesos de regalías por la novela, algún negocio con un cuadro, y ya.

Al comienzo, me pareció extraña la costumbre de la Fedonkin, brusca, casi de mal gusto, pero después supe que es común entre los *dealers* publicar *posts*, acompañados con dos o tres imágenes de apoyo, anunciando: «Estoy buscando obra de tal y tal artista de la etapa equis» y punto. Yo la seguía, babeaba y me limitaba a darle *like*. Lo que la mujer quería siempre estaba lejísimos de lo que yo ofrecía.

Esa tarde me demoré en entender que aquel *post* tenía que ver con el cuadro de la casa de los perfumes. La mujer escribía simplemente: «Busco obra de Bruno Schulsinger», e incluía dos imágenes. En una, dos manos tocaban un piano; en la otra, una niña jugaba en un parque; y tanto la piel de las manos como la de la muchachita parecían en carne viva. Cuando reaccioné, hice lo obvio: fui a Google y escribí: *Bruno Schulsinger artist*; y casi lloro de la emoción: cerca de 96 000 resultados. Tras calmarme, busqué la firma: era casi la misma

de mis fotografías. Pasé horas revisando trazos, formas, temas y colores en las miles de imágenes que me ofrecía la red. A veces encontraba diferencias, a veces las semejanzas eran brutales. ¿Por qué *Lens* y las aplicaciones semejantes no me habían servido de nada unos meses atrás? Al mismo tiempo, buscaba en casas de subastas cuánto se pagaba por una obra de Schulsinger. En promedio, lo suficiente para no trabajar, y vivir bastante bien, durante dos años.

¿Cómo la obra de un polaco, si es que era original, había terminado en una de las calles más olvidadas de Bogotá? Escribí: *Bruno Schulsinger Colombia*. Un artículo del archivo de El Tiempo informaba que en 1977 la galería Belarca había hecho una exposición de artistas judíos promovida por la embajada de Israel. De Schulsinger, quien por esos días tenía 69 años (murió en 1991, según Wikipedia), se habían exhibido tres piezas.

Por Messenger, le escribí a la Fedonkin y le envié todas las imágenes que tenía: amplias, detalles, primeros planos, todo. Lo primero que quiso saber fue el origen del cuadro, cómo había llegado a mis manos.

—Hace muchos años mi papá se lo compró a una señora, Alicia Baraibar se llamaba —le respondí, citando a la famosa directora de la Galería Belarca—. Siempre estuvo colgado en mi casa.

—¿Tienes certificado?

—No. Mis papás ya murieron y no dejaron ningún papel.

—¿Y dejaron más cuadros?

—Me quedan algunas cosas. Podemos ir viendo.

—El cuadro se ve bastante bien. Cumple con lo que necesito. ¿Lo tienes en tu casa? Es que en las fotos se alcanza a ver un sitio como oscuro. Rústico, quiero decir.

—Es mi estudio, en Choachí. Soy escritor.

—Sí, algo sé. Me gustaría verlo, Andrés. Urgentemente. ¿Toca ir a Choachí?

—No, tranquila. Yo lo traigo.

—¿Entonces podemos verlo mañana en tu casa, aquí en Bogotá?

—Sí, no hay problema. Hoy mismo lo traigo, ahora voy y lo recojo —Le di mi dirección y teléfono, y quedamos en que por WhatsApp acordáramos la hora de la cita.

Eran las cuatro de la tarde cuando tomé el taxi. Llevaba casi dos semanas sin pasar por la casa de los perfumes, y tuve el pálpito —la certeza, más bien— de que algún loco había terminado comprando el cuadro durante esos días. Llegué al lugar sabiendo que no lo iba a encontrar, caminé entre los diminutos negociadores de frascos sabiendo que no lo iba a encontrar, me paré junto a las escaleras sabiendo que no lo iba a encontrar, miré para arriba sabiendo que... y ahí estaba, esperando por mí. Subí.

—¿Cuánto es que vale el cuadro grande de las escaleras, don Walter?

—¿Hoy sí lo va a comprar?

Me lo dejó en 400 000 pesos. Era mío, un cuadro de Bruno Schulsinger, de 1974, de dos metros por un metro y medio, ya era mío. Recuerdo que lo miré por un largo rato, pensando en la felicidad que me traería ese rostro en carne viva. ¿Y ahora? En un taxi estaba lejos de caber; además, comenzaba a llover, y conseguir transporte, de cualquier tipo, a esa hora iba a ser difícil. Don Walter tuvo la solución: el hombre que administraba las bodegas del circo me podía hacer el acarreo. Tenía una pequeña camioneta de platón; ahí atrás el cuadro se podía acomodar; don Walter me regalaría unas cobijas viejas y un plástico con los que quedaría más que protegido. Además, el recorrido no era muy largo: desde ahí, en la catorce con 18, hasta aquí, en La Soledad, donde escribo este texto.

Cuando el cuadro al fin quedó montado en la camioneta (el chofer —el señor Acuña se llamaba— antes tuvo que organizar mil cosas en su bodega), ya el día comenzaba a oscurecer. La amenaza de lluvia se había ido, dejando un viento rápido y frío. Yo le había pagado 80 000 pesos por adelantado al hombre, y él, mientras yo esperaba sentado en el puesto del copiloto, se había encargado de todo: subió el cuadro, lo envolvió delicadamente y después lo amarró a la camioneta teniendo

cuidado de no estropearlo con la presión de las cuerdas.

Acuña era amable pero hablaba poco. En vez de tomar la Caracas o alguna vía principal, se metió por unas callecitas por las que yo, por físico miedo, jamás había pasado. «Un buen atajo. Es feo pero dura poquito», me dijo. ¿Feo? Los andenes estaban llenos de indigentes y en algunos tramos el hombre tenía que pitar para que las personas se quitaran de la calle y nos permitieran seguir. Apenas si le hacían caso. Lo insultaban, lo miraban desafiantes y le lanzaban basura. En algún momento, algo parecido a un vaso desechable cayó sobre el parabrisas y lo untó de una especie de sopa amarillenta. Hasta donde yo podía notar, solo algunos papeles y quizás piedras pequeñas alcanzaban a caer sobre el cuadro, pero las cobijas y el plástico debían protegerlo. Fueron tres o cuatro cuerdas en las que no tuve respiro.

Y apenas pasamos junto al último indigente, Acuña metió el pie en el acelerador hasta el fondo, dejando atrás esas calles espantosas. Al tiempo que sentía cómo mi nuca traqueaba, escuché un sonido. Lo recuerdo como un cascabel. Entonces miré para atrás y vi cómo el cuadro volaba por el cielo ya hecho noche. Se había desatado.

Acuña frena. Me bajo. Alcanzo a ver el momento en el que el cuadro golpea el pavimento. Voy a corriendo a tomarlo y de pronto veo que la turba de indigentes también viene por él. Son ocho, nueve, diez hombres. Yo qué sé. Me paraliza. Creo que alcanzo a gritar algo, pero los hombres me responden con groserías y me muestran un cuchillo. Veo cómo se llevan el cuadro. La última imagen que recuerdo es la del inmenso rostro en carne viva, sin pelo, cejas ni pestañas, que se pierde en la oscuridad.

Han pasado tres años desde esa noche. Durante unos días busqué el cuadro en la zona obsesivamente, pero después no solo desistí de él sino también de mis visitas a la casa de los perfumes.

Una última cosa: ya voy a botar, de una vez por todas, el puto sombrero rojo. ■